

está bien declarada. Ningún bravo peleante, según a mí se me alcanza, está obligado a más que a desafiar a su enemigo y esperarle en campaña; y si el contrario no acude, en él se queda la infamia, y el esperante gana la corona del vencimiento.

—Así es verdad—respondió Don Quijote—; cierra, amigo, la puerta, y dame por testimonio, en la mejor forma que pudieres, lo que aquí me has visto hacer; conviene a saber, cómo tú abriste al león, yo le esperé, él no salió, volvíle a esperar, volvió a no salir, y volvíose a acostar. No debo más; y encantos afuera, y Dios ayude a la razón y a la verdad, y a la verdadera caballería; y cierra, como he dicho, en tanto que hago señas a los huídos y ausentes, para que sepan de tu boca esta hazaña.

Hízolo así el leonero, y Don Quijote, poniendo en la punta de la lanza el lienzo con que se había limpiado el rostro de la lluvia de los requesones, comenzó a llamar a los que no dejaban de huir ni de volver la cabeza a cada paso, todos en tropa y antecogidos del hidalgo; pero alcanzando Sancho a ver la señal del blanco paño, dijo:

—Que me maten si mi señor no ha vencido a las fieras bestias, pues nos llama.

Detuviéronse todos y conocieron que el que hacía las señas era Don Quijote; y perdiendo alguna parte del miedo, poco a poco se vinieron acercando, hasta donde claramente oyeron las voces de Don Quijote, que los llamaba.

Finalmente, volvieron al carro; y en llegando, dijo Don Quijote al carretero:

—Volved, hermano, a uncir vuestras mulas y a proseguir vuestro viaje; y tú, Sancho, dale dos escudos de oro para él y para el leonero, en recompensa de lo que por mí se han detenido.

—Esos daré yo de muy buena gana—respondió Sancho—; pero ¿qué se han hecho los leones? ¿Son muertos o vivos?

Entonces el leonero, menudamente y por sus pausas, contó el fin de la contienda, exagerando como él mejor pudo y supo, el valor de Don Quijote, de cuya vista el león acobardado, no quiso ni osó salir, puesto que había tenido un buen espacio abierta la puerta de la jaula; y que por haber él dicho a aquel caballero que era tentar a Dios irritar al león para que por fuerza saliese, como él quería que se le irritase, mal de su grado y contra toda su voluntad, había permitido que la puerta se cerrase.

—¿Qué te parece desto, Sancho?—dijo Don Quijote—¿Hay encantos que valgan contra la verdadera valentía? Bien podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo será imposible.

Dió los escudos Sancho, unció el carretero, besó las manos el leonero a Don Quijote por la merced recibida, y prometióle de contar aquella valerosa hazaña al mismo Rey, cuando en la Corte se viesse.

—Pues si acaso su Majestad preguntare quién la hizo, diréisle, que el CABALLERO DE LOS LEONES; que de aquí adelante quiero que en éste se trueque, cambie, vuelva y mude el que hasta aquí he tenido del *Caballero de la Triste Figura*; y en esto sigo la antigua usanza de los andantes caballeros, que se mudaban los nombres cuando querían o cuando les venía a cuento.

Siguió su camino el carro, y Don Quijote y Sancho prosiguieron el suyo.

CAPÍTULO XIX

*Donde se cuenta la aventura del pastor enamorado,
con otros en verdadgraciosos sucesos.*

Poco trecho se había alongado Don Quijote del lugar de don Diego, cuando encontró con dos como clérigos o como estudiantes, y con dos labradores, que sobre cuatro bestias asnales venían caballeros. El uno de los estudiantes traía como en portamanteo, en un lienzo de bocaí verde, envuelto, al parecer, un poco de grana blanca y dos pares de medias de cordellate; el otro no traía otra cosa que dos espadas negras de esgrima, nuevas y con sus zapatillas. Los labradores traían otras cosas que daban indicio y señal que venían de alguna villa grande, donde las habían comprado, y las llevaban a su aldea; y así estudiantes como labradores cayeron en la misma admiración en que caían todos aquellos que la vez primera veían a Don Quijote, y morían por saber qué hombre fuese aquel, tan fuera del uso de los otros hombres. Saludólos Don Quijote, y después de saber el camino que llevaban, que era el mesmo que él hacía, les ofreció su compañía, y les pidió detuviesen el paso, porque caminaban más sus pollinas que su caballo; y para obligarlos, en breves razones les dijo quién era, y su oficio y profesión, que era de caballero andante, que iba a buscar las aventuras por todas las partes del mundo. Dijoles que se llamaba, de nombre propio, Don Quijote de la Mancha, y por el apelativo, el *Caballero de los Leones*.

Todo esto para los labradores era hablarles en griego o en jerigonza, pero no para los estudiantes, que luego entendieron la flaqueza de celebró

de Don Quijote; pero con todo eso, le miraban con admiración y con respeto, y uno dellos le dijo.

—Si vuesa merced, señor caballero, no lleva camino determinado, como no le suelen llevar los que buscan las aventuras, vuesa merced se venga con nosotros: verá una de las mejores bodas y más ricas que hasta el día de hoy se habrán celebrado en la Mancha, ni en otras muchas leguas a la redonda.

Preguntóle Don Quijote si eran de algún príncipe, que así las ponderaba.

—No son—respondió el estudiante—sino de un labrador y una labradora él el más rico de toda esta tierra, y ella la más hermosa que han visto los hombres. El aparato con que se han de hacer es extraordinario y nuevo; porque se han de celebrar en un prado que está junto al pueblo de la novia, a quien por excelencia llaman *Quiteria la Hermosa*, y el desposado se llama *Camacho el Rico*; ella de edad de diez y ocho años, y él de veinte y dos, ambos para uno; aunque algunos curiosos, que tienen de memoria los linajes de todo el mundo, quieren decir que el de la hermosa Quiteria se aventaja al de Camacho; pero ya no se mira en esto; que las riquezas son poderosas de soldar muchas quiebras. En efecto, el tal Camacho es liberal, y hásele antojado de enramar y cubrir todo el prado por arriba, de tal suerte, que el sol se ha de ver en trabajo si quiere entrar a visitar las yerbas verdes de que está cubierto el suelo. Tiene asimismo maheridas danzas, así de espadas como de cascabel menudo, que hay en su pueblo quien los repique y sacuda por extremo; de zapateadores no digo nada, que es un juicio los que tiene muñidos; pero ninguna de las cosas referidas, ni otras muchas que he dejado de referir, ha de hacer más memorables estas bodas, sino las que imagino que hará en ellas el despechado Basilio. Es este Basilio un zagal, vecino del mismo lugar de Quiteria, el cual tenía su casa pared en medio de la de los padres de Quiteria, de donde tomó ocasión el Amor de renovar al mundo los ya olvidados amores de Píramo y Tisbe; porque Basilio se enamoró de Quiteria desde sus tiernos y primeros años, y ella fué correspondiendo a su deseo con mil honestos favores, tanto, que se contaban por entretenimiento en el pueblo, los amores de los dos niños, Basilio y Quiteria. Fué creciendo la edad, y acordó el padre de Quiteria de estorbar a Basilio la ordinaria entrada que en su casa tenía, y por quitarse de andar receloso y lleno de sospechas, ordenó de casar a su hija con el rico Camacho, no pareciéndole ser bien casarla con Basilio, que no tenía tantos bienes de fortuna como de naturaleza; pues si va a decir las verdades sin invidia, él es el más ágil mancebo que conocemos, gran tirador de barra, luchador extremado y gran jugador de pelota; corre como un gamo, salta más que

una cabra y birla a los bolos como por encantamento; canta como una calandria, y toca una guitarra que la hace hablar, y sobre todo, juega una espada como el más pintado.

—Por esa sola gracia—dijo a esta sazón Don Quijote—, merecía ese mancebo, no sólo casarse con la hermosa Quiteria, sino con la misma reina Ginebra, si fuera hoy viva, a pesar de Lanzarote y de todos aquellos que estorbarlo quisieran.

A lo que respondió el estudiante:

—De todo no me queda más que decir sino que desde el punto que Basilio supo que la hermosa Quiteria se casaba con Camacho el Rico, nunca más le han visto reír, ni hablar razón concertada, y siempre anda pensativo y triste, hablando entre sí mismo, con que da ciertas y claras señales de que se le ha vuelto el juicio: come poco y duerme poco, y lo que come son frutas, y lo que duerme, si duerme, es en el campo, sobre la dura tierra, como animal bruto; mira de cuando en cuando al cielo, y otras veces clava los ojos en la tierra con tal embelesamiento, que no parece sino estatua vestida, que el aire le mueve la ropa. En fin, él da tales muestras de tener apasionado el corazón, que tememos todos los que le conocemos que el dar el *sí* mañana la hermosa Quiteria, ha de ser la sentencia de su muerte.

—Dios lo hará mejor—dijo Sancho—; que Dios, que da la llaga, da la medicina: nadie sabe lo que está por venir; de aquí a mañana muchas horas hay, y en una, y aun en un momento, se cae la casa; y yo he visto llover y hacer sol, todo a un mismo punto; tal se acuesta sano la noche, que no se puede mover otra día. Y díganme: ¿por ventura habrá quien se alabe que tiene echado un clavo a la rodaja de la fortuna?

—¿Adónde vas a parar, Sancho, que seas maldito?—dijo Don Quijote.—Que cuando comienzas a ensartar refranes y cuentos, no te puede entender sino el mismo Judas, que te lleve. Dime, animal, ¿qué sabes tú de clavos, ni de rodajas, ni de otra cosa ninguna?

—¡Oh! Pues si no me entienden—respondió Sancho—, no es maravilla que mis sentencias sean tenidas por disparates; pero no importa: yo me entiendo, y sé que no he dicho muchas necedades en lo que he dicho; sino que vuesa merced, señor mío, siempre es friscal de mis dichos, y aun de mis hechos.

—Fiscal has de decir—dijo don Quijote—, que no friscal, prevaricador del buen lenguaje, que Dios te confunda.

—No se apunte vuesa merced conmigo—respondió Sancho—, pues sabe que no me he criado en la Corte ni he estudiado en Salamanca, para saber

si añado o quito alguna letra a mis vocablos. Sí, que, ¡válgame Dios!, no hay para qué obligar al sayagués a que hable como el toledano, y toledano puede haber que no las corten en el aire en esto del hablar polido.

Era anochecido; pero antes que llegasen, les pareció a todos que estaba delante del pueblo un cielo lleno de innumerables y resplandecientes estrellas. Oyeron asimismo confusos y suaves sonidos de diversos instrumentos, como de flautas, tamborinos, salterios, albogues, panderos y sonajas; y cuando llegaron cerca, vieron que los árboles de una enramada que a mano habían puesto a la entrada del pueblo, estaban todos llenos de luminarias, a quien no ofendía el viento, que entonces no soplabo sino tan manso, que no tenía fuerza para mover las hojas de los árboles. Los músicos eran los regocijadores de la boda, que en diversas cuadrillas por aquel agradable sitio andaban, unos bailando y otros cantando, y otros tocando la diversidad de los referidos instrumentos. En efecto, no parecía sino que por todo aquel prado andaba corriendo la alegría y saltando el contento. Otros muchos andaban ocupados en levantar andamios, de donde con comodidad pudiesen ver otro día las representaciones y danzas que se habían de hacer en aquel lugar, dedicado para solenizar las bodas del rico Camacho y las exequias de Basilio. No quiso entrar en el lugar Don Quijote aunque se lo pidieron así el labrador como el Bachiller; pero él dió por disculpa, bastantísima a su parecer, ser costumbre de los caballeros andantes dormir por los campos y florestas antes que en los poblados, aunque fuese debajo de dorados techos; y con esto se desvió un poco del camino, bien contra la voluntad de Sancho.

CAPÍTULO XX

*Donde se cuentan las bodas de Camacho el Rico,
con el suceso de Basilio el Pobre.*

Apenas la blanca aurora había dado lugar a que el luciente Febo, con el ardor de sus calientes rayos, las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase, cuando Don Quijote, sacudiendo la pereza de sus miembros, se puso en pie y llamó a su escudero Sancho, que aún todavía roncaba; lo cual, visto por Don Quijote, antes que le despertase le dijo:

—¡Oh, tú, bienaventurado sobre cuantos viven sobre la haz de la tierra, pues sin tener envidia ni ser envidiado, duermes con sosegado espíritu, ni te persiguen encantadores ni sobresaltan encantamientos!

A todo esto no respondió Sancho, porque dormía, ni despertara tan

presto si Don Quijote, con el cuento de la lanza, no le hiciera volver en sí. Despertó en fin, soñoliento y perezoso, y volviendo el rostro a todas partes, dijo:

—De la parte desta enramada, si no me engaño, sale un tufo y olor, harto más de torreznos asados que de juncia y tomillos; bodas que por tales olores comienzan, para mi santiguada que deben de ser abundantes y generosas.

—Acaba, glotón—dijo don Quijote—; ven, iremos a ver estos desposorios, por ver lo que hace el desdeñado Basilio.

Hizo Sancho lo que su señor le mandaba, y poniendo la silla a Rocinante y la albarda al Rucio, subieron los dos, y paso ante paso se fueron entrando por la enramada. Lo primero que se le ofreció a la vista de Sancho fué, espetado en un asador de un olmo entero, un entero novillo, y en el fuego donde se había de asar ardía un mediano monte de leña, y seis ollas que alrededor de la hoguera estaban, no se habían hecho en la común turquesa de las demás ollas, porque eran seis medias tinajas, que cada una cabía un rastro de carne: así embebían y encerraban en sí carneros enteros, sin echarse de ver, como si fueran palominos; las liebres ya sin pellejo y las gallinas sin pluma, que estaban colgadas por los árboles para sepultarlas en las ollas, no tenían número; los pájaros y caza de diversos géneros eran infinitos, colgados de los árboles, para que el aire los enfriase. Contó Sancho más de sesenta zaques, de más de a dos arrobas cada uno, y todos llenos, según después pareció, de generosos vinos; así había rimeros de pan blanquísimo como los suele haber de montones de trigo en las eras; los quesos, puestos como ladrillos en tejares, formaban una muralla; y dos calderas de aceite, mayores que las de un tinte, servían de freír cosas de masa, que con dos valientes palas las sacaban fritas y las zabullían en otra caldera de preparada miel, que allí junto estaba. Los cocineros y cocineras pasaban de cincuenta, todos limpios, todos diligentes, y todos contentos. En el dilatado vientre del novillo, estaban doce tiernos y pequeños lechones, que cosidos por encima, servían de darle sabor y enternecerle; las especias de diversas suertes no parecía haberlas comprado por libras, sino por arrobas, y todas estaban de mani-fiesto en una grande arca. Finalmente, el aparato de la boda era rústico, pero tan abundante, que podía sustentár a un ejército.

Todo lo miraba Sancho Panza, y todo lo contemplaba, y de todo se aficionaba. Primero le cautivaron y rindieron el deseo las ollas, de quien él tomara de bonísima gana un mediano puchero; luego le aficionaron la voluntad los zaques, y últimamente las frutas de sartén, si es que se

podían llamar sartenes las tan orondas calderas; y así, sin poderlo sufrir, ni ser en su mano hacer otra cosa, se llegó a uno de los solícitos cocineros, y con cortesés y hambrientas razones le rogó le dejase mojar un menudro de pan en una de aquellas ollas.

A lo que el cocinero respondió:

—Hermano, este día no es de aquellos sobre quien tiene jurisdicción la hambre, merced al rico Camacho; apeaos y mirad si hay por ahí un cucharón, y espumad una gallina o dos, y buen provecho os hagan.

—No veo ninguno—respondió Sancho.

—Esperad—dijo el cocinero—pecador de mí, y qué melindroso y para poco debéis de ser!

Y diciendo esto, asió de un caldero, y encajándole en una de las medias tinajas, sacó en él tres gallinas y dos gansos, y dijo a Sancho:

—Comed, amigo, y desayunaos con esta espuma, en tanto que se llega la hora del yantar.

—No tengo en qué echarla—respondió Sancho.

—Pues llevaos—dijo el cocinero—la cuchara y todo; que la riqueza y el contento de Camacho todo lo suple.

En tanto, pues, que esto pasaba Sancho, estaba Don Quijote mirando cómo por una parte de la enramada entraban hasta doce labradores sobre doce hermosísimas yeguas, con ricos y vistosos jaeces de campo y con muchos cascabeles en los petrales, y todos vestidos de regocijo y fiesta; los cuales, en concertado tropel, corrieron, no una, sino muchas carreras por el prado, con regocijo algazara y grita, diciendo:

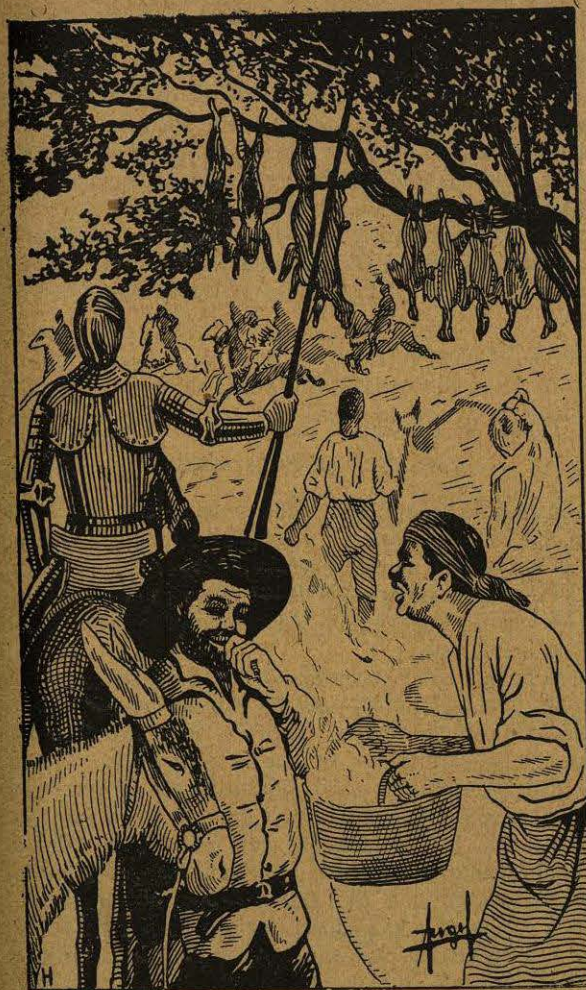
—¡Vivan Camacho y Quiteria: él tan rico como ella hermosa, y ella la más hermosa del mundo!

Oyendo lo cual Don Quijote, dijo entre sí:—Bien parece que éstos no han visto a mi Dulcinea del Toboso; que si la hubieran visto, ellos se fueran a la mano en las alabanzas desta su Quiteria.

De allí a poco comenzaron a entrar por diversas partes de la enramada muchas y diferentes danzas, entre las cuales venía una de espadas, de hasta veinte y cuatro zagales, de gallardo parecer y brío, todos vestidos de delgado y blanquísimo lienzo, con sus paños de tocar, labrados de varias colores de fina seda; y al que los guiaba, que era un ligero mancebo, preguntó uno de los de las yeguas si se había herido alguno de los danzantes.

—Por ahora, ¡bendito sea Dios!, no se ha herido nadie: todos vamos sanos.

Y luego comenzó a enredarse con los demás compañeros, con tantas vueltas y con tanta destreza, que aunque Don Quijote estaba hecho



—Comed, amigo, y desayunaos con esta espuma en tanto que se llega la hora del yantar.

a ver semejantes danzas, ninguna le había parecido tan bien como aquella.

También le pareció bien otra que entró, de doncellas hermosísimas tan mozas, que, al parecer, ninguna bajaba de catorce ni llegaba a diez y ocho años, vestidas todas de palmilla verde, los cabellos, parte trenzados y parte sueltos, pero todos tan rubios, que con los del sol podían tener competencia, sobre las cuales traían guirnaldas de jazmines, rosas, amaranto y madreselva compuestas. Guiábalas un venerable viejo y una anciana matrona, pero más ligeros y sueltos que sus años prometían. Hacía el son una gaita zamorana, y ellas, llevando en el rostros y en los ojos a la honestidad, y en los pies a la ligereza, se mostraban las mejores bailadoras del mundo.

CAPÍTULO XXI.

*Donde se prosiguen las bodas de Camacho,
con otros gustosos sucesos.*

Se oyeron grandes voces y gran ruido, y dábanlas y causábanle los de las yeguas, que con larga carrera y grita iban a recibir a los novios, que rodeados de mil géneros de instrumentos y de invenciones, venían, acompañados del Cura y de la parentela de entrambos, y de toda la gente más lucida de los lugares circunvecinos, todos vestidos de fiesta. Y como Sancho vió a la novia, dijo:

—A buena fe, que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega. Pardiez que, según diviso, que las patenas que había de traer son ricos corales, y la palmilla verde de Cuenca es terciopelo de treinta pelos. Y ¡montas, que la guarnición es de tiras de lienzo blanco! Voto a mí que es de raso. Pues ¡tomadme las manos, adornadas con sortijas de azabache! No medre yo, si no son anillos de oro, y muy de oro; y empedrados con perlas blancas como una cuajada, que cada una debe de valer un ojo de la cara. ¡Y qué cabellos! Que si no son postizos, no los he visto más luengos ni más rubios en toda mi vida. ¡No; sino ponedla tacha en el brío y en el talle, y no la comparéis a una palma, que se mueve, cargada de racimos de dátiles! Que lo mesmo parecen los dijes que trae pendientes de los cabellos y de la garganta. Juro en mi ánima que ella es una chapada moza y que puede pasar por los bancos de Flandes.

Rióse Don Quijote de las rústicas alabanzas de Sancho Panza, y parecióle que, fuera de su señora Dulcinea del Toboso, no había visto mujer

más hermosa jamás. Ibanse acercando a un teatro, que a un lado del prado estaba, adornado de alfombras y ramos, adonde se había de hacer los desposorios, y de donde habían de mirar las danzas y las invenciones; y a la sazón que llegaban al puesto, oyeron a sus espaldas grandes voces, y una que decía:

—Esperaos un poco, gente tan inconsiderada como presurosa.

A cuyas voces y palabras todos volvieron la cabeza, y vieron que las daba un hombre, vestido, al parecer, de un sayo negro, jironado de carmesí a llamas. Venía coronado (como se vió luego) con una corona de funesto ciprés; en las manos traía un bastón grande. En llegando más cerca, fué conocido de todos por el gallardo Basilio, y todos estuvieron suspensos, esperando en qué habían de parar sus voces y sus palabras; temiendo algún mal suceso de su venida en sazón semejante.

Llegó en fin, cansado y sin aliento; y puesto delante de los desposados, hincando el bastón en el suelo, que tenía el cuento de una punta de acero, mudada la color, puestos los ojos en Quiteria, con voz tremente y ronca estas razones dijo:

—Bien sabes, desconocida Quiteria, que conforme a la santa ley que profesamos, viviendo yo, tú no puedes tomar esposo; pero tú, echando a las espaldas todas las obligaciones que debes a mi buen deseo, quieres hacer señor de lo que es mío a otro, cuyas riquezas le sirven, no sólo de buena fortuna, sino de bonísima ventura; y para que la tenga colmada (y no como yo pienso que la merece, sino como se la quieren dar los cielos), yo por mis manos desharé el imposible, o el inconveniente, que pueda estorbársela, quitándome a mí de por medio. ¡Viva, viva el rico Camacho con la ingrata Quiteria largos y felices siglos; y muera, muera el pobre Basilio, cuya pobreza cortó las alas de su dicha y le puso en la sepultura!

Y diciendo esto, asió del bastón que tenía hincado en el suelo, y quedándose la mitad dél en la tierra, mostró que servía de vaina a un mediano estoque, que en él se ocultaba; y puesta a la que se podía llamar empuñadura en el suelo, con ligero desenfado y determinado propósito se arrojó sobre él, y en un punto mostró la punta sangrienta a las espaldas con la mitad de la acerada cuchilla, quedando el triste bañado en su sangre y tendido en el suelo, de sus mismas armas traspasado.

Acudieron luego sus amigos a favorecerle, condolidos de su mísera y lastimosa desgracia; dejando Don Quijote, a Rocinante, acudió a sostenerle y le tomó en sus brazos, y halló que aún no había expirado. Quisieronle sacar el estoque; pero el Cura, que estaba presente, fué de parecer

que no se le sacasen antes de confesarle, porque el sacársele y el expiar sería todo a un tiempo.

Pero volviendo un poco en sí Basilio, con voz doliente y desmayada dijo:

—Si quisieses, cruel Quiteria, darme en este último y forzoso trance la mano de esposa, aún pensaría que mi temeridad tendría disculpa, pues en ella alcancé el bien de ser tuyo.

El Cura, oyendo lo tal, le dijo que atendiese a la salud del alma antes que a los gustos del cuerpo, y que pidiese muy de veras a Dios perdón de sus pecados y de su desesperada determinación. A lo cual replicó Basilio que en ninguna manera se confesaría, si primero Quiteria no le daba la mano de ser su esposa; que aquel contento le adobaría la voluntad y le daría aliento para confesarse.

En oyendo Don Quijote la petición del herido, en altas voces dijo que Basilio pedía una cosa muy justa y puesta en razón, y además muy honesta; y que el señor Camacho quedaría tan honrado recibiendo a la señora Quiteria viuda del valeroso Basilio, como si la recibiera del lado de su padre.

—Aquí no ha de haber más de un sí, que no tenga otro efecto que el pronunciarle, pues el tálamo destas bodas ha de ser la sepultura.

Todo lo oía Camacho, y todo le tenía suspenso y confuso, sin saber qué hacer ni qué decir; pero las voces de los amigos de Basilio fueron tantas, pidiéndole que consintiese que Quiteria le diese la mano de esposa, porque su alma no se perdiese, partiendo desesperado desta vida, que le movieron, y aun forzaron, a decir que si Quiteria quería dársela, que se contentaba, pues todo era dilatar por un momento el cumplimiento de sus deseos.

Luego acudieron todos a Quiteria, y unos con ruegos, y otros con lágrimas y otros con eficaces razones, la persuadían que diese la mano al pobre Basilio; y ella, más dura que un mármol y más sesga que una estatua, mostraba que ni sabía ni podía ni quería responder palabra, ni la respondiera si el Cura no la dijera que se determinase presto en lo que había de hacer, porque tenía Basilio ya el alma en los dientes, y no daba lugar a esperar inresolutas determinaciones.

Entonces la hermosa Quiteria, sin responder palabra alguna, turbada al parecer, triste y pesarosa, llegó donde Basilio estaba, ya los ojos vueltos el aliento corto y apesurado, murmurando entre los dientes el nombre de Quiteria, dando muestras de morir como gentil, y no como cristiana.

Llegó en fin Quiteria, y puesta de rodillas, le pidió la mano por señas y no por palabras.

Desencajó los ojos Basilio, y mirándola atentamente, le dijo:

—¡Oh, Quiteria! ¿Que has venido a ser piadosa a tiempo cuando tu piedad ha de servir de cuchillo que me acabe de quitar la vida, pues ya no tengo fuerzas para llevar la gloria que me das en escogermela por tuyo, ni para suspender el dolor que tan aprieta me va cubriendo los ojos con la espantosa sombra de la muerte? Lo que te suplico es, ¡oh, fatal estrella mía!, que la mano que me pides, y quieres darme, no sea por cumplimiento ni para engañarme de nuevo, sino que confieses y digas que, sin hacer fuerza a tu voluntad, me la entregas y me la das como a tu legítimo esposo; pues no es razón que en un trance como éste me engañes, ni uses de fingimientos con quien tantas verdades ha tratado contigo.

Entre estas razones se desmayaba de modo, que todos los presentes pensaban que cada desmayo se había de llevar el alma consigo.

Quiteria, toda honesta y toda vergonzosa, asiendo con su derecha mano la de Basilio, le dijo:

—Ninguna fuerza fuera bastante a torcer mi voluntad; y así, con la más libre que tengo, te doy la mano de legítima esposa, y recibo la tuya, si es que me la das de tu libre albedrío, sin que la turbe ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te ha puesto.

—Sí doy—respondió Basilio—, no turbado ni confuso, sino con el claro entendimiento que el cielo quiso darme, y así me doy y me entrego por tu esposo.

—Y yo por tu esposa—respondió Quiteria—, ahora vivas largos años, ahora te lleven de mis brazos a la sepultura.

—Para estar tan herido este mancebo—dijo a este punto Sancho Panza—mucho habla; háganle que se deje de requiebros y que atienda a su alma; que, a mi parecer, más la tiene en la lengua que en los dientes.

Estando, pues, asidos de las manos Basilio y Quiteria, el Cura, tierno, y lloroso, les echó la bendición, y pidió al cielo diese buen poso al alma del nuevo desposado... El cual, así como recibió la bendición, con presta ligereza se levantó en pie, y con no vista desenvoltura se sacó el estoque, a quien servía de vaina su cuerpo. Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos dellos, más simples que curiosos, en altas voces comenzaron a decir:

—¡Milagro, milagro!

Pero Basilio replicó:

—No milagro, milagro, sino industria, industria.

El Cura, desatentado y atónito, acudió con ambas manos a tentar la herida, y halló que la cuchilla había pasado, no por la carne y costillas

de Basilio, sino por un cañón hueco de hierro, que lleno de sangre, en aquel lugar bien acomodado tenía, preparada la sangre, según después se supo, de modo que no se helase. Finalmente, el Cura y Camacho, con todos los más circunstantes, se tuvieron por burlados y escarnecidos. La esposa no dió muestras de pesarle de la burla; antes, oyendo decir que aquel casamiento, por haber sido engañoso, no había de ser valedero, dijo que ella le confirmaba de nuevo, de lo cual coligieron todos que de consentimiento y sabiduría de los dos se había trazado aquel caso, de lo que quedó Camacho y sus valedores tan corridos, que remitieron su venganza a las manos; y desenvainando muchas espadas, arremetieron a Basilio, en cuyo favor en un instante se desenvainaron casi otras tantas; y tomando la delantera a caballo Don Quijote, con la lanza sobre el brazo y bien cubierto de su escudo, se hacía dar lugar de todos. Sancho, a quien jamás pluguieron ni solazaron semejantes fechorías, se acogió a las tinajas, donde había sacado su agradable espuma, pareciéndole aquel lugar como sagrado, que había de ser tenido en resperto.

Don Quijote a grandes voces decía:

—Teneos, señores, teneos; que no es razón toméis venganza de los agravios que el amor nos hace; y advertid que el amor y la guerra son una misma cosa, y así cómo en la guerra es cosa lícita y acostumbrada usar de ardid y estratagemas para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y marañas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo y deshonor de la cosa amada. Quiteria era de Basilio, y Basilio de Quiteria, por justa y favorable disposición de los cielos. Camacho es rico, y podrá comprar su gusto cuando, donde y como quisiere. Basilio no tiene más desta oveja, y no se la ha de quitar ninguno, por poderoso que sea; que a los dos que Dios junta, no podrá separar el hombre, y el que lo intentare, primero ha de pasar por la punta desta lanza.

Y en esto la blandió tan fuerte y tan diestramente, que puso pavor en todos los que no le conocían. Y tan intensamente se fijó en la imaginación de Camacho el desdén de Quiteria, que se la borró de la memoria en un instante; y así, tuvieron lugar con él las persuasiones del Cura, que era varón prudente y bien intencionado, con las cuales quedó Camacho y los de su parcialidad pacíficos y sosegados, en señal de lo cual volvieron las espadas a sus lugares, culpando más a la facilidad de Quiteria que a la industria de Basilio.

Consolado, pues, y pacífico Camacho y los de su mesnada, todos los de la de Basilio se sosegaron; y el rico Camacho, por mostrar que no sentía

la burla ni la estimaba en nada, quiso que las fiestas pasasen adelante como si realmente se desposara; pero no quisieron asistir a ellas Basilio ni su esposa, ni secuaces; y así, se fueron a la aldea de Basilio; que también los pobres virtuosos y discretos tienen quien los siga, honre y ampare, como los ricos tienen quien los lisonjee y acompañe. Lleváronse consigo a Don Quijote, estimándole por hombre de valor y de pelo en pecho. A sólo Sancho se le escureció el alma, por verse imposibilitado de aguardar la espléndida comida y fiestas de Camacho, que duraron hasta la noche; y así, asendereado y triste, siguió a su señor, que con la cuadrilla de Basilio iba, y así se dejó atrás las ollas de Egipto, aunque las llevaba en el alma cuya ya casi consumida y acabada espuma, que en el caldero llevaba, le representaba la gloria y la abundancia del bien que perdía; y así, congojado y pensativo, aunque sin hambre, sin apearse del Rucio, siguió las huellas de Rocinante.

CAPÍTULO XXII

Donde se da cuenta de la grande aventura de la cueva de Montesinos, que está en el corazón de la Mancha, a quien dió felice cima el valeroso Don Quijote.

Grandes fueron y muchos los regalos que los desposados hicieron a Don Quijote, obligados de las muestras que había dado defendiendo su causa; y al par de la valentía le graduaron la discreción, teniéndole por un Cid en las armas y por un Cicerón en la elocuencia. El buen Sancho se refociló tres días a costa de los novios, de los cuales se supo que no fué traza comunicada con la hermosa Quiteria el herirse fingidamente, sino industria de Basilio, esperando della el mismo suceso que se había visto; bien es verdad que confesó que había dado parte de su pensamiento a algunos de sus amigos, para que al tiempo necesario favoreciesen su intención y abonasen su engaño.

Finalmente, pidió don Quijote al diestro Licenciado le diese una guía que le encaminase a la cueva de Montesinos, porque tenía gran deseo de entrar en ella, y ver a ojos vistas si eran verdaderas las maravillas que de ella se decían por todos aquellos contornos. El Licenciado le dijo que le daría a un primo suyo, famoso estudiante, y muy aficionado a leer libros de caballerías, el cual con mucha voluntad le pondría a la boca de la misma cueva, y le enseñaría las lagunas de Ruidera, famosas asimismo en toda

la Mancha, y aun en toda España; y díjole que llevaría con él gustoso entretenimiento, a causa que era mozo que sabía hacer libros para imprimir y para dirigirlos a príncipes. Finalmente, el primo vino con una pollina, cuya albarda cubría un gayado tapete o arpillera.

Ensiló Sancho a Rocinante y aderezó al Rucio, proveyó sus alforjas, a las cuales acompañaron las del primo, asimismo bien proveídas, y encomendándose a Dios y despidiéndose de todos, se pusieron en camino, tomando la derrota de la famosa cueva de Montesinos.

En el camino preguntó Don Quijote al primo de qué género y calidad eran sus ejercicios, su profesión y estudios. A lo que él respondió, que su profesión era ser humanista, sus ejercicios y estudios componer libros para dar a la estampa, todos de gran provecho y no menos entretenimiento para la república; que el uno se intitulaba *El de las Libreas*, donde pintaba setecientas y tres libreas, con sus colores, motes y cifras, de donde podían sacar y tomar las que quisiesen en tiempo de fiestas y regocijos los caballeros cortesanos, sin andarlas mendingando de nadie, ni lambicando, como dicen, el cerbelo, por sacarlas conformes a sus deseos e intenciones: «porque doy al celoso, al desdeñado, al olvidado y al ausente las que les convienen, que les vendrán más justas que pecadoras. Otro libro tengo también, a quien he de llamar *Metamorfóseos*, o *Ovidio español*, de invención nueva y rara; porque en él, imitando a Ovidio a lo burlesco, pinto quién fué la Giralda de Sevilla y el Angel de la Madalena, quién el Caño de Vecinguerra de Cordoba, quiénes los Toros de Guisando, la Sierra Morena, las fuentes de Leganitos y Lavapiés en Madrid, no olvidándome de la del Piojo, de la del Caño Dorado y de la Priora; y esto con sus alegorías, metáforas y translaciones, de modo que alegran, suspenden y enseñan a un mismo punto. Otro libro tengo, que le llamo *Suplemento a Virgilio Polidoro*, que trata de la invención de las cosas, que es de gran erudición y estudio, a causa que las cosas que se dejó de decir Polidoro de gran sustancia, las averiguo yo y las declaro por gentil estilo. Olvidósele a Virgilio de declararnos quién fué el primero que tuvo catarro en el mundo, y yo lo declaro al pie de la letra, y lo autorizo con más de veinte y cinco autores; porque vea vuesa merced si he trabajado bien, y si ha de ser útil el tal libro a todo el mundo.»

Sancho, que había estado muy atento a la narración del primo, le dijo:

—Dígame, señor, así Dios le dé buena manderecha en la impresión de sus libros, ¿sabríame decir (que sí sabrá, pues todo lo sabe) quién fué el primero que se rascó en la cabeza? Que yo tengo para mí que debió de ser nuestro padre Adán.

—Sí sería—respondió el primo—; porque Adán, no hay duda sino que tuvo cabeza y cabellos y manos; y siendo esto así, y siendo el primer hombre del mundo, alguna vez se rascaría.

—Así lo creo yo—respondió Sancho—; pero dígame ahora, ¿quién fué el primer volteador del mundo?

—En verdad, hermano—respondió el primo—, que no me sabré determinar por ahora, hasta que lo estudie: yo lo estudiaré, en volviendo adonde tengo mis libros, y yo os satisfaré cuando otra vez nos veamos; que no ha de ser ésta la postrera.

—Pues mire, señor—replicó Sancho—, no tome trabajo en esto; que ahora he caído en la cuenta de lo que le he preguntado: sepa que el primer volteador del mundo fué Lucifer, cuando le echaron del cielo, que vino volteando hasta los abismos.

—Tenéis razón, amigo—dijo el primo.

Y dijo Don Quijote:

—Esa pregunta y respuesta no es tuya, Sancho; a alguno las has oído decir.

—Calle, señor—replicó Sancho—; que, a buena fe, que si me doy a preguntar y a responder, que no acabe de aquí a mañana. Sí, que para preguntar necedades y responder disparates, no he menester yo andar buscando ayuda de vecinos.

—Más has dicho, Sancho, de lo que sabes—dijo Don Quijote—; que hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas, que, después de sabidas y averiguadas, no importan un ardite al entendimiento ni a la memoria.

En éstas y otras gustosas pláticas se les pasó aquel día, y a la noche se albergaron en una pequeña aldea, adonde el primo dijo a Don Quijote, que desde allí a la cueva de Montesinos no había más de dos leguas, y que si llevaba determinado de entrar en ella, era menester proveerse de sogas para atarse y descargarse en su profundidad. Don Quijote dijo que aunque llegase al abismo, había de ver dónde paraba; y así, compraron casi cien brazas de sogas, y otro día, a las dos de la tarde, llegaron a la cueva, cuya boca es espaciosa y ancha, pero llena de cambroneras y cabrahigos, de zarzas y malezas, tan espesas y intrincadas, que de todo en todo la ciegan y encubren.

En viéndola, se apearon el primo, Sancho y Don Quijote, al cual los dos le ataron luego fortísimamente con las sogas, y en tanto que le fajaban y ceñían, le dijo Sancho:

—Mire vuesa merced, señor mío, lo que hace; no se quiera sepultar en

vida, ni se ponga adonde parezca frasco que le ponen a enfriar en algún pozo. Sí, que a vuesa merced no le toca ni atañe ser el escudriñador desta que debe de ser peor que mazmorra.

—Ata y calla—respondió Don Quijote—; que tal empresa como aquesta, Sancho amigo, para mí estaba guardada.

Y entonces dijo la guía:

—Suplico a vuesa merced, señor Don Quijote, que mire bien y especie con cien ojos lo que hay allá dentro; quizá habrá cosas que las ponga en el libro de mis transformaciones.

—En manos está el pandero, que le sabrán bien tañer—respondió Sancho Panza.

Dicho esto, y acabada la ligadura de Don Quijote (que no fué sobre el arnes, sino sobre el jubón de armar), dijo Don Quijote:

—Inadvertidos hemos andado en no habernos proveído de algún esquilón pequeño, que fuera atado junto a mí en esta misma sogá, con cuyo sonido se entendiera que todavía bajaba y estaba vivo; pero pues ya no es posible, a la mano de Dios, que me guíe.

Y luego se hincó de rodillas y hizo una oración en voz baja al cielo, pidiendo a Dios le ayudase y le diese buen suceso, en aquella, al parecer, peligrosa y nueva aventura, y en voz alta dijo luego:

—¡Oh, señora de mis acciones y movimientos, clarísima y sin par Dulcinea del Toboso! Si es posible que lleguen a tus oídos las plegarias y rogaciones deste tu aventurero amante, por tu inaudita belleza te ruego las escuches, que no son otras que rogarte no me niegues tu favor y amparo, ahora que tanto le he menester. Yo voy a despeñarme, a empozarme y a hundirme en el abismo que aquí se me representa, sólo porque conozca el mundo que, si tú me favoreces, no habrá imposible a quien yo no acometa y acabe.

Y en diciendo esto, se acercó a la sima.

Vió no ser posible descolgarse ni hacer lugar a la entrada, si no era a fuerza de brazos o a cuchilladas; y así, poniendo mano a la espada, comenzó a derribar y a cortar de aquellas malezas que a la boca de la cueva estaban, por cuyo ruido y estruendo salieron por ella una infinidad de grandísimos cuervos o grajos, tan espesos y con tanta priesa, que dieron con don Quijote en el suelo; y si él fuera tan agorero como católico cristiano, lo tuviera a mala señal, y excusase de encerrarse en lugar semejante.

Finalmente se levantó; y viendo que no salían más cuervos ni otras aves noturnas, como fueron murciélagos (que asimismo entre los cuervos salieron), dándole sogá el primo y Sancho, se dejó calar al fondo de la

caverna espantosa; y al entrar, echándole Sancho su bendición y haciendo sobre él mil cruces, dijo:

—Dios te guíe y la Peña de Francia, junto con la Trinidad de Gaeta, flor, nata, y espuma de los caballeros andantes. Allá vas, valentón del mundo, corazón de acero, brazos de bronce. Dios te guíe otra vez y te vuelva libre, sano y sin cautela a la luz desta vida, que dejas, por enterrar-te en esa escuridad, que buscas.

Casi las mismas plegarias y deprecaciones hizo el primo.

Iba Don Quijote dando voces, que le diesen sogá y más sogá, y ellos se la daban poco a poco; y cuando las voces, que acanaladas por la cueva salían, dejaron de oirse, ya ellos tenían descolgadas las cien brazas de sogá. Fueron de parecer, de volver a subir a Don Quijote, pues no le podían dar más cuerda; con todo eso, se detuvieron como una hora, al cabo de leual espacio, volvieron a recoger la sogá con mucha facilidad y sin peso alguno, señal que les hizo imaginar que Don Quijote se quedaba dentro; y creyéndolo así Sancho, lloraba amargamente, y tiraba con mucha priesa, por desengañarse; pero llegando, a su parecer, a poco más de las ochenta brazas, sintieron peso, de que en extremo se alegraron. Finalmente, a las diez vieron distintamente a Don Quijote, a quien dió voces Sancho, diciéndole.

—Sea vuesa merced muy bien vuelto, señor mío; que ya pensábamos que se quedaba allá para casta.

Pero no respondía palabra Don Quijote; y sacándole del todo, vieron que traía cerrados los ojos, con muestras de estar dormido.

Tendiéronle en el suelo y desliáronle; y con todo esto, no despertaba. Pero tanto le volvieron y revolviéron, sacudieron y menearon, que al cabo de un buen espacio volvió en sí, desperezándose, bien como si de algún grave y profundo sueño despertara; y mirando a una y otra parte como espantado dijo:

—Dios os lo perdone, amigos; que me habéis quitado de la más sabrosa y agradable vida y vista que ningún humano ha visto ni pasado. En efecto, ahora acabo de conocer que todos los contentos de esta vida pasan como sombra y sueño, o se marchitan como la flor del campo. ¡Oh, desdichado Montesinos! ¡Oh, mal ferido Durandarte! ¡Oh, sin ventura Belerma! ¡Oh, lloroso Guadiana, y vosotras sin dicha, hijas de Ruidera, que mostráis en vuestras aguas la que lloran vuestros hermosos ojos!...

Con grande atención escuchaban el primo y Sancho las palabras de Don Quijote, que las decía como si con dolor inmenso las sacara de las entrañas. Suplicáronle les diese a entender lo que decía, y les dijese lo que en aquel infierno había visto.

—¿Infierno le llamáis!—dijo Don Quijote—Pues no le llaméis así, por que no lo merece, como luego veréis.

Pidió que le diesen algo de comer; que traía grandísima hambre. Tendieron la arpillera del primo sobre la verde yerba, acudieron a la despensa de sus alforjas, y sentados todos tres, en buen amor y compañía, merendaron y cenaron todo junto.

CAPÍTULO XXIV

*Donde se cuentan mil zarandajas tan
impertinentes como necesarias al verdadero entendi-
miento desta grande historia.*

Estando en esto, vieron que hacia donde ellos estaban venía un hombre a pie, caminando apriesa, y dando varazos a un macho que venía cargado de lanzas y de alabardas. Cuando llegó a ellos, los saludó, y pasó de largo. Don Quijote le dijo:

—Buen hombre, deteneos; que parece que váis con más diligencia que ese macho ha menester.

—No me puedo detener, señor—respondió el hombre—, porque las armas, que véis que aquí llevo, han de servir acaso mañana; y así, me es forzoso el no detenerme; y a Dios. Pero si quisieredes saber para qué las llevo, en la venta, que está más arriba de la ermita, pienso alojar esta noche; y si es que hacéis este mesmo camino, allí me hallaréis, donde os contaré maravillas; y a Dios otra vez.

Y de tal manera aguijó el macho, que no tuvo lugar Don Quijote de preguntarle qué maravillas eran las que pensaba decirles; y como él era algo curioso, y siempre le fatigaban deseos de saber cosas nuevas, ordenó que al momento se partiesen, y fuesen a pasar la noche en la venta, sin tocar en la ermita, donde quisiera el primo que se quedarán.

Hízose así, subieron a caballo, y siguieron todos tres el derecho camino de la venta y la ermita, a la cual llegaron un poco antes de anochecer. Dijo el primo a Don Quijote que llegasen a ella a beber un trago. Apenas oyó esto Sancho Panza, cuando encaminó el Rucio a la ermita, y lo mismo hicieron Don Quijote y el primo; pero la mala suerte de Sancho parece que ordenó que el ermitaño no estuviese en casa; que así se lo dijo una sotaermitaño que en la ermita hallaron.

Pidiéronle de lo caro. Respondió que su señor no lo tenía; pero que si querían agua barata, que se la daría de muy buena gana.

—Si yo la tuviera de agua—respondió Sancho—pozos hay en el camino, donde la hubiera satisfecho. ¡Ah, bodas de Camacho, y abundancia de la casa de don Diego, y cuántas veces os tengo de echar menos!

Con esto dejaron la ermita y picaron hacia la venta, y a poco trecho toparon un mancebito, que delante dellos iba caminando no con mucha priesa, y así le alcanzaron. Llevaba la espada sobre el hombro, y en ella puesto un bulto o envoltorio, al parecer, de sus vestidos, que debían de ser los calzones o gregüescos y herreruelo y alguna camisa; porque traía puesta una ropilla de terciopelo con algunas vislumbres de raso, y la camisa de fuera; las medias eran de seda, y los zapatos cuadrados, a uso de Corte; la edad llegaría a diez y ocho o diez y nueve años; alegre de rostro, y, al parecer, ágil de su persona: iba cantando seguidillas para entretener el trabajo del camino. Cuando llegaron a él, acababa de cantar una, que el primo tomó de memoria, que dicen que decía:

—A la guerra me lleva
mi necesidad,
si tuviera dineros,
no fuera en verdad.

El primero que le habló fué Don Quijote, diciéndole.

—Muy a la ligera camina vuesa merced, señor galán; y ¿adónde bueno? Sepamos, si es que gusta decirlo.

A lo que el mozo respondió:

—El caminar tan a la ligera lo causa el calor y la pobreza, y adonde voy es a la guerra.

—¿Cómo la pobreza?—preguntó Don Quijote—Que por el calor bien puede ser.

—Señor—replicó el mancebo—, yo llevo en este envoltorio unos gregüescos de terciopelo, compañeros desta ropilla: si los gasto en el camino, no me podré honrar con ellos en la ciudad, y no tengo con qué comprar otros; y así por esto como por orearme, voy desta manera hasta alcanzar unas compañías de infantería, que no están doce leguas de aquí, donde asentaré mi plaza, y no faltarán bagajes en que caminar de allí adelante hasta el embarcadero, que dicen ha de ser en Cartagena; y más quiero tener por amo y por señor al Rey, y servirle en la guerra, que no a un pelón en la Corte.

—Y ¿lleva vuesa merced alguna ventaja por ventura?—preguntó el primo.